

DESDE MI ONDA

JOSE M.^a ALFAGEME
Redactor jefe de la COPE

A verlas venir..., y pasar

AHORA sí. Ha hecho falta que seis españoles, tres hermanos maristas, una enfermera, un médico y un fotógrafo, cooperantes en la ayuda de los más necesitados en el Zaire, hayan perdido la vida, para que nos enteremos de qué es lo que pasa en el corazón de Africa. Nuestro Gobierno, una vez conocida la noticia, mostró su «profunda preocupación ante el drama humano de Zaire y apelaba a la comunidad internacional para evitar el deterioro irreversible de la situación».

Pero qué falsos e hipócritas somos. Ahora sí, porque han caído en el genocidio africano tres de los nuestros. Pero hasta ese momento: ojos que no ven, corazón que no siente.

Y ¿quiénes son los buenos y los malos en esta película? Hemos oído hablar de los tutsis y de los hutus. Qué pena. La gran mayoría ni saben quiénes son los unos ni los otros.

Mientras tanto, a la hora de escribir estas líneas, la ONU duda sobre una intervención militar. ¿A qué esperamos? Quizás a que el Séptimo de Caballería, o lo que es lo mismo Estados Unidos, decida sobre lo que hay que hacer. Porque mientras en



la Casa Blanca deciden, qué más da mil muertos más que menos. Nosotros seguiremos viendo los telediarios para saber quién nos ofrece las imágenes más completas sobre los cadáveres hacinados, los niños famélicos y con

moscas; y lo curioso que resulta, para un hombre blanco, ver cómo se pegan dos negritos por un puñado de arroz.

Y mientras esta masacre de seres humanos, eso sí humanos negros, continua en la región de los grandes lagos de Africa, el Papa, Juan Pablo II, pide a todos los católicos que no den ni un duro a la Unicef, ya que este organismo internacional desvía parte de lo recibido a la planificación familiar en el Tercer Mundo. Miren ustedes, señores del Vaticano: mejor será tener tres hijos, y que los tres vivan, a procrear cuantos la

naturaleza estime oportuno y que se mueran más de la mitad por falta de alimentos.

El presidente de Unicef-España, Joaquín Ruiz-Giménez, cristiano de hecho y de derecho, ha manifestado su tristeza por no saber el Vaticano diferenciar entre lo que es el aborto y la educación sexual para evitar el nacimiento de niños cuyo único fin es morir antes de los diez años. ¡Qué pena! Si por lo menos los responsables del Vaticano destinaran la recaudación de lo que se paga por visitar un día las riquezas de la Santa Sede a estos niños desplanificados familiarmente de Zaire, quizás el mensaje del anciano pontífice quedaría más diluido. Como no es así, yo les invito a que en estas próximas fiestas, en las que recordamos el nacimiento del Niño Dios, deseen las mejores venturas para los suyos y, si es posible, para los zaireños, aunque no les conozcan, con tarjetas de Unicef.

Y ¡ojalá! no tengan que pasar sesenta años, como ha ocurrido con los brigadistas internacionales, para reconocer el trabajo y la dedicación de esos hombres y mujeres que, poniendo su vida por delante, se ocupan, y se han ocupado, como los españoles muertos en Zaire, de los más necesitados. Que así sea. ■